

José Galindo

Son palabras

© José Galindo
Cádiz, 2015

José Galindo

Son palabras

I

EL ALBA PURA

I

Paraje oscuro: la noche
temblando en la almohada,
guerrero sin antifaz
esperando la mañana.
¿Dónde aquel soñar despierto,
aquella inocencia alada,
rumor de tantas imágenes
para tan pocas palabras?
No me resigno a perderte
aunque te sepa lejana:
un día nos encontraremos
para fundir nuestras almas,
que el tiempo pudo encajarme
esta piel avejentada,
puso arrugas en mi frente
y endureció mi mirada,
mas nunca podrá borrar
al niño que me reclama:
ése que me mira absorto
desde las claras del alba.

II

Los años del primer amor,
de la primera aventura.
De aquel primitivo encuentro,
de aquella luz primitiva.
Cuándo volveré a sentir
la sensación de estar cerca,
de no sentirme tan lejos
de la raíz de la tierra.
Y saludar a los montes,
arañar la tierra seca,
volver con Gilda, mi perra,
nadar desnudo en la alberca
y regresar a la casa
lleno de dudas, a tientas.
Llegar con las manos sucias
del barro de la alameda.
Volver para no volver,
para quedarme ya dentro
de aquel paisaje, de aquellos
instantes en blanco y negro.

III

Vienes de mí como yo vengo
de ti.
Ahora somos dos seres enlazados
y tu infancia primera
me confirma en la mía.
Ya no eres tú
el universo solo en la niñez
del mundo.
Te acompaño, te asisto, soy
tu otro:
náufrago en el mar
sin límite, sin fondo.

IV

Sólo puede salvarme la palabra,
el verbo,
la música del niño
que fui en olvidadas horas
y en paisajes
que no corresponden a estos ojos.

V

Acuérdate de tu casa
vestida de luto y cal:
paredes que dan al patio
del niño y su soledad.
De aquel vivir sosegado
bajo el velo de la paz:
siete años en el reino
donde habitó Peter Pan.
Acuérdate de aquel miedo
que te impedía soñar:
a oscuras con tus fantasmas
vienen tus penas y van.

VI

La calle sin nombre. No pensaron
que el niño sólo busca referencias.
Calle de los ahorcados, de los santos
(un general hizo acopio de rótulos),
paseo de las montañas, avenida
donde el amor puso su estigma.
Pero aquélla, aquélla no, sin nombre
se quedó para siempre. Sólo el niño
conoce su secreto.

VII

Rincón de sombras. La casa
se anuncia como un gemido.
El niño llora. Aterido
mira a otra sombra que pasa.

VIII

Me he asomado al umbral por ver tus ojos
-escucho el crepitar de sus pestañas-
En la noche se cierran con sigilo
-ojos sobre el dintel de la ventana-
No son negros ni azules. ¿Fueron verdes?
-Quizá se confundieron con el ámbar-
Me miran desde el borde de su abismo
-también ellos tuvieron una infancia-

IX

Reconozco a ese niño de tus ojos,
soledad que me has amado tanto.
Ese niño que fui, que sigo siendo
a pesar de los años y los años.

X

El niño que fui se ha ido,
pero conservo sus ojos:
a través de ellos, miro.

XI

¿De dónde te viene esa locura
por defender los límites del niño?
Tu ayer se evaporó como una gota
y transitas por presentes sucesiones.
Te quedas extasiado ante tus propias
oscuras sensaciones de nostalgia.
No hay salvación para tus ojos:
aprende a convivir con la desgracia.

XII

¡Que he crecido... que he crecido..!
Mas nadie ve cómo el niño
sigue aquí dentro, conmigo!

XIII

Si evoco mi niñez, no es
por presunción ni lirismo.
Niñez ya sagrada. Itsmo
que me completa. Quede, pues,
el pensamiento azorado,
vuelto a su cauce: sagrado
no por santo o redivivo,
sólo por venir del fondo
de quien soy, lo más hondo
entre lo más primitivo.

II

DEL TRÁNSITO EN TUS OJOS

I

Ojos tempranamente abiertos al dolor,
a la guerra,
al suicidio
colectivo del ser humano,
ojos
ciertamente felinos en la madrugada
aquella del último invierno:
quiero decirlos sólo
que ando perdido en la noche
con el insomnio a hombros
y este perfil de estar acostumbrado
al deterioro.

II

Me he asomado al preludio de tus ojos
sintiéndolos temblar de parte a parte:
espejos cóncavos que dan la imagen triste
de un hombre solitario.
Se cierran, parpadean, se iluminan
y luchan por salir pronto del trance.
Tus ojos y el tiempo detenido
en el color irisado de la tarde.

III

El mar se ha despertado con la mirada tersa.
Ha acunado a la noche sobre un lecho de algas.
Se riza. El viento amaina. Sobre las olas,
bamboleo de espumas. En plenitud, el alba.

Ahora brilla al sol alto. Grises que se han dormido
dando paso a los verdes. El horizonte amaga
conjunción de estrellas. Reanudan las gaviotas
el vuelo suspendido. Las doce. Todo en calma.

Mas baja la marea mientras el sol se esconde
tras la raya que anuncia el fin de la jornada.
Duerme el mar a los suyos. Quedan sobre la arena
los sueños incumplidos a bordo de una barca.

IV

Fue primero una luz mitificada,
un instante de tiempo sin pasado,
el inicio de un alba enamorada,
constelación de un astro embelesado.

Fue un enigma sin pausa, una mirada,
un golpe al corazón deshilachado.
Fue el regreso del torbellino alado
que puso frente a frente una algarada.

Fue un dolor visceral, la encadenada
secuencia de la amada y el amado
poniendo en cada poro una andanada

de pírricos reproches, lado a lado,
preludio del final de una jornada
que pudo no acabar como ha acabado.

III

AL OTRO LADO DEL ESPEJO

I

Él se asomó despacio, por no verse
los pliegues de la piel, ojeras
que contrajo en lupanares malva.
Conforme fue acercándose
difuninábase su rostro.
Limpió el cristal. Anduvo
palpándose la cara y sus contornos.
Habló en voz alta. Se hizo
promesas que jamás cumpliría.
No pudo más. Rompió el espejo
y adivinó su rostro ensangrentado.

II

Vienes de herir al aire, sometido
al continuo ajetreo
de la vida diaria.
Los caminos
no conducen a Roma (hace siglos).
Otro imperio se cae,
derrumbaron sus mitos.
Vienes de herir al aire. Meteoros
que, cual dardos, no anuncian
su agujón y se clavan
en las fauces vernaes
de cien años (un siglo).

III

Sentir la piel en otra piel.
Sentir los besos.
Y recrear lo palpable, lo tangible
de un tiempo.
Sentir el roce de unos dedos
cabalgar la piel desnuda,
recorrer el sereno
despertar del cuerpo rosa;
amarlo, retocarlo, para luego
dejarlo en el éxtasis, dormido
sobre la sábana, al contacto
del último silencio.

IV

Tu calle huele a jazmines
que van a dar a la mía.
Mi calle se llama olvido.
La tuya, melancolía.

V

Después de tantas idas
buscando lo más noble,
de volverme urbano,
pequeño, laborioso,
he llegado a la cima
de la incredulidad.
No creo en las palabras
de quien se dice lúcido
ni creo en los axiomas
del último juglar.
Me asustan los principios
y temo a quien no teme.
No entiendo a los que hablan
y hablan por hablar.
Después de todo el tiempo
que anduve sin andar
no veo más camino
que el de la soledad.
No creo en los que alzan
su voz para medrar.
Ni en los que crean patrias
para poder salvar.
Después de tantas idas
buscando la verdad,
me encuentro la mentira
vestida de tergal.

VI

Si pienso en mucho en ti, si me digo
en las horas de insomnio
que al alba seré el sueño
en que halles el gozo,
si acaricio tu pelo, si me escondo
tras los últimos vales
de tu Johann Strauss,
es por ti que me enredo
en la sábana inhospita
de un hostel de tercera:
no me esperes. Renuncio
a tu torso larvado.

VII

Si algún día
viví
muerte
contigo
fuiste tú la trepadora de mis sueños.
Si llegaste a ser anfitriona de mi casa
y yo te dejé hacer,
has tomado la medida de mis trajes:
no es ocioso
pensar en tu regreso.

VIII

¿Qué imagen voy a darte
cuando acudas y yo te esté esperando?
¿Acaso la del niño
ensimismado y torpe
que lloraba su amor por las esquinas
de los barrios pobres?
¿O aquélla otra de adolescente ingenuo
imitando al escritor de moda:
el foulard, las gafas, tacón alto
e identidad prestada?
¿O ésta de hoy, de ahora mismo,
en la que anuncio la tristeza que me embarga?
donde todo: ojos/pelo/risa/llanto
remite a una infancia tan lejana?
Quédate la que quieras,
mas no olvides peinarme cuando el viento
deshaga con sus dedos este nido:
residencia de víboras y pájaros.

IX

"El cementerio está cerca
de donde tú y yo vivimos"

M. Hernández

Se respira con el aire
-el cementerio está cerca-:
Lo dicen los heliotropos
cuando bajamos la cuesta.
Lo va contando la muerte
-pregonándolo a la puerta-
y los cipreses lo anuncian
desde sus torres esbeltas.
El chirriar de los goznes
de las cancelas encierran
un angustioso alarido
enunciador de lo cerca
que estamos del camposanto
-ha concluido la cuesta-:
todo en el aire es despido,
soledad redescubierta.

X

Ven. Te espero impaciente.
No te ocultes, tras
la rosa de los vientos, maquillada.
Difusamente pienso
en tus muslos de ojiva y en tus senos
altruistas.
Ten en todo
tu propio parecer
y
ven.
No olvides
que yo también te creo
y acomodo mis ojos a los tuyos.
Ven.
Nos vamos a enseñar algunas cosas
mutuamente.
Yo te describiré un paisaje
(una ciudad marina y nocturna que se deja
besar por calles y avenidas asfaltadas
de soledad y miedo).
Tú me enseñarás cómo debo manejar el whatsapp
cuando quiera escribir cartas de amor
a una muchacha imposible y hermosa.
Yo te describiré mi infancia
y mis perdidas torres
(al menos que el tiempo ha ido desdibujando
y desmoronando,
castillos interiores asaltados por vendavales locos

y ejércitos
blandiendo la espada de los días y los años),
tú, tu oficio de ramera inveterada,
posándote,
cual mariposa en celo,
en otros ojos y otras fechas.
Ven.
Sólo aguardo de ti que me sonrías
y sepas
que
aunque pases de largo
por mi puerta,
voy a estar esperando que una noche,
ciega y zorra,
te des de bruces con mis huesos.

XI

Palabras que no decimos,
palabras que nos guardamos,
palabras indiferentes,
palabras que no escuchamos.
Palabras para el invierno,
palabras para el verano,
palabras llenas de angustia,
palabras que rebuscamos.
Palabras que nos atraen,
palabras que nos prestaron,
palabras para el amor,
palabras que nos vaciaron.
Palabras que dieron vida,
palabras que nos mataron,
palabras para el espejo,
palabras que susurraron.
Palabras en las batallas,
palabras para el remanso.
Palabras, simples palabras
para expresar qué soñamos.

XII

Todo lo que el mar nos dice
cuando rompe en marejada:
rugir de olas bravías
que anuncian una amenaza.

XIII

Era un niño que soñaba...
Era un niño que soñó...
Calle arriba, por el pueblo,
el niño se emocionó.
Con su perra, calle abajo...
el niño ya no volvió.

XIV

Ya no tililan las estrellas, a lo lejos,
ni el mar se asoma a tu balcón.
Los pájaros dejaron que su trino
quedara olvidado en un rincón.

XV

El espejo se viene con nosotros
a las diferentes casas que habitamos.
Traslada nuestra imagen por los barrios,
nos cuenta el paso de los días
y, poco a poco, caemos en la cuenta
de que se va poniendo añoso,
advirtiéndolo que alguna vez
tendrá un lugar en donde acomodarse.
¿Qué sueña nuestro espejo cuando sueña?
¿Qué piensa nuestro espejo cuando piensa?
Es difícil observarlo y sin embargo,
sabemos de espejos asesinos,
de espejos bosquimanos,
de espejos que rompieron corazones,
de espejos cuatrivalvos
que exploran cavidades y se adueñan
del discurrir humano.
El espejo se viene con nosotros
allá donde nos vamos y una tarde,
gris de otoño, lo romperemos en pedazos.
Será nuestro final y en el espejo
quedará para siempre, como un puzzle,
nuestro rostro reflejado.

XVI

La casa está deshabitada.
Sólo quedan recuerdos y una lámpara
que no volverá a encenderse.
Dejamos una vida en cada casa que habitamos.
Fotos en los cajones. Mariposas de papel
que nunca más volaron.
En ella alimentamos nuestros sueños,
crecimos y mudamos con el tiempo,
nos hicimos mayores, respetables,
acaudillamos batallas para salir a flote.
La casa está deshabitada.
El almanaque colgado en la pared nos dice
que han pasado muchos años.
El tiempo se ha parado.
No nos reconocemos en las fotografías
de entonces. Parece que el otoño
ha llegado para quedarse definitivamente.
La casa está deshabitada y tal vez nunca
tendrá nuevo inquilino.

XVII

La vida pasa. Al cuaderno de bitácora
se le van terminando las hojas y pensamos
que ya se acaba el tiempo para iniciar
un nuevo abordaje.
Admiramos paisajes, nos nutrimos de versos,
escuchamos canciones que nos emocionaron.
Nos enamoramos y desenamoramos,
consruimos un sueño y fuimos tras él
sin pensar en los riesgos,
contra toda corriente,
porque éramos jóvenes y teníamos tiempo,
todo el tiempo del mundo, eso creíamos,
como el niño que fuimos
alimentando sueños en los cines de barrio.
El cine fue nuestro refugio, talismán
en las tardes de domingo,
almacén de aventuras que soñamos despiertos.
La vida se renueva. Vendrán a relevarnos
aquellos que ahora sueñan
con otras aventuras
de las que no somos actores.
Se ha quedado amarilla,
por el paso del tiempo,
aquella foto nuestra en la que no reconocemos
a aquel joven de pelo afrocubano.
La vida pasa. Nos quedan los recuerdos.
Con ellos sobrevivimos cada instante.

XVIII

Los cines de mi infancia se apagaron.
Ya no existen. Los han reconvertido
en bingos y en supermercados.
Recuerdo las películas de entonces,
aquellas que me emocionaron
o me hicieron soñar, las que me liberaron
del yugo del refranero.
Recuerdo las mañanas de domingo
de mi infancia,
de camino a los cines de mi pueblo
a ver la cartelera, aquellos cartelones
que nos anunciaban el paraíso
emocionante de las salas oscuras.

XIX

El viajero no sabe qué le espera
cuando emprende el camino
a su Ítaca ensoñada.
No hace falta ir muy lejos
para descubrir aquellos paraísos
que alimentan sus sueños:
una ladera, un árbol, una cima
desde la que se ven los abedules
o la laguna aquella en que los pájaros
gorjean sus cánticos al viento.
Viajar sin la prisa del turista moderno,
sin aglomeraciones, que el viajero
no parezca un funámbulo arribista
que aspira a asirlo todo de inmediato.
Y volver con la mochila llena
de imágenes, de música, de anhelos,
de los amigos que nos ayudaron
a contemplar el mundo
con los ojos asombrados de aquel niño
que algún día guardamos muy adentro.

XX

Los pinos longevos de Tasmania
te buscaron en lo alto de las cimas,
preguntaron por ti a los helechos
y lloraron tu ausencia.
Te buscó el abedul, la salamandra,
te llamaron, sin tregua, petirrojos
y el ibis eremita fue a tu casa.
La mañana de aquel día se hizo escarcha,
el sol no apareció por tu ventana
y el mundo se apagó como una llama.
Nadie supo de tu marcha. Nadie supo
que yacías a la sombra de una acacia.

XXI

Parece que una ola
me ha remitido a ti, volátil como un suspiro,
y me ha recordado la efímera existencia
del ser humano, que anhela prolongarse
en el tiempo, dejando su legado
a futuros pobladores que habitarán el cosmos.
Cuando pasen los siglos
y apenas quede ya memoria de estos años,
cuando el ser humano viaje a otros planetas,
a otras constelaciones,
cuando se haya roto la barrera
del espacio y el tiempo,
un habitante de otra galaxia
puede que se traslade a ese diminuto planeta
al que denominaron Tierra.
Y puede que lo encuentre abandonado,
en estado herrumbroso.
Y ese habitante anónimo sabrá
que un día lejano,
a cien mil años luz de su sistema,
tus ojos se posaron en los suyos
y hubo una lluvia de estrellas
que alumbraron sus rostros para siempre.

XXII

De vuelta del viaje,
quiero que aniden mi retina
imágenes sencillas de mi infancia:
la luz primera del amanecer, los saltos
de Gilda cuando jugaba con los niños,
las noches del invierno a la luz de las fogatas,
los braseros de cisco y el pan con chocolate.

XXIII

Por una claraboya
penetra la luz
que alumbra tu mirada.
Por una claraboya
se asoman los colores
de los amaneceres
y los atardeceres.
Por una claraboya
vuelan tus pensamientos
y atrapan un instante
de un futuro sin prisas.

XXIV

Si escribo tu nombre en Facebook
aparecen montones de personas
a las que no conozco.
Podría pedirles amistad
y esperar a que pase el milagro,
pero ya no tengo tiempo
para dedicarme a los epistolarios.
Tal vez me ocurra que conozca
a más personas de las que quisiera
y todo el (poco) tiempo del que dispongo
tendría que emplearlo en contestar,
por cortesía, a quienes me demanden
una palabra, un beso, una caricia (online).
Eso me convertiría en amanuense
de Mark Zuckerberg, que estaría
bastante agradecido porque me dedicara
a aumentar su patrimonio y su prestigio.
No quiero ser esclavo de Zuckerberg,
no quiero más amigos que los que hice
de forma natural, en las tabernas
tomando manzanillas y olorosos.
Si escribo tu nombre en Facebook
me salen muchos rostros, mas ninguno
coincide con el tuyo, me olvidé
de que tú eras, Gilda,
un personaje de película.

XXV

El tiempo se evapora
o cambia de registro.
Si hubiesen coincidido
en algún punto
la chispa del amor
y el fuego de sus ojos,
tal vez ahora
los abrasase la pasión.
Pero el tiempo no quiso,
el destino no quiso.
Ambos deambulan por las calles
de la misma ciudad,
van a los mismos cines,
a los mismos cafés,
quizá con la misma gente,
pero no se conocen.
Nadie les ha presentado.
Nadie les ha dicho
que nacieron el uno para el otro,
que de haber coincidido
en el tiempo y el espacio,
ahora estarían viviendo
un romance sin tregua.
Pero no se conocen
porque el tiempo no quiso,
el destino no quiso.

XXVI

De repente, una lágrima
puso en pie una estructura
de emociones sin pausa.
Recordaste aquel día
en que fuiste feliz
sin motivo aparente.
No dudaste un momento
y saliste a la calle
a expandir tu alegría
cuando el sol se asomaba.
Buganvillas hermosas
pregonaron tu estancia
en el sitio acordado.
De repente, una lágrima
puso en marcha el sistema
límbico central.
Tu cerebro te trajo
lo que habías olvidado
y una lágrima tuya,
sin motivo aparente,
puso en marcha el recuerdo
de aquel día feliz
en que fuiste a la Alhambra.

XXVII

Eran las cuatro menos veinte de la tarde
cuando llegó la primavera.
No pudo recibirla porque estaba
amamantando un átomo de vida.

XXVIII

La música te alumbra el camino
cuando andas a oscuras y tropiezas.
Te lleva de la mano por paisajes
que nunca te atreviste a imaginar.
La música te acoge, te incorpora,
te sube a lo más alto de la cima
y te baja al rellano a respirar.
La música es la alondra de los valles,
el agua que te atreves a besar.
La música es la música: un adagio
que rompe tu estructura de mortal.

XXIX

Cuando el dolor te llegue
y trepe a tus entrañas, sin aliento,
acuérdate de aquel día
en que morir fue un rito.
No se debe vivir sin una causa,
no se puede morir sin un motivo.
Florecerán los campos de amapolas,
la flor de los almendros y su aroma
se esparcirá por los caminos
y el dolor aquel que te acechaba
se alejará de ti. Por un momento,
comprenderás que la vida
está hecha de jirones
que se van recomponiendo.
Cuando el dolor te llegue,
acuérdate de tus libros,
de aquellas tardes de otoño,
del nombre de tus amigos,
del tren de la noche aquella
de aquel viaje, escondido.

XXX

Por si volvieras,
acuérdate que detrás de los espejos
se refleja tu imagen primera:
aquella de los pocos años
de la mano de tu abuela.
Por si volvieras,
te esperará tu casa
pintada de cal blanca:
cuadernos donde el niño escribe,
sin entender, las palabras.
Por si volvieras,
dando brincos en el agua,
te esperará tu perra,
mientras tú, a las cinco en punto,
salgas de tu nueva escuela.
Por si volvieras,
acuérdate que detrás de los espejos
te espero yo: arrugas en la frente,
el pelo blanco y la mirada absorta
del niño que perdió a su abuela.

ÍNDICE

I. EL ALBA PURA

I: Paraje oscuro, la noche	7
II: Los años del primer amor	8
III: Vienes de mí como yo vengo	9
IV: Sólo puede salvarme la palabra	10
V: Acuérdate de tu casa	11
VI: La calle sin nombre	12
VII: Rincón de sombras	13
VIII: Me he asomado al umbral	14
XIX: Reconozco a ese niño	15
X: El niño que fui	16
XI: ¿De dónde te viene esa locura	17
XII: ¡Que he crecido	18
XIII: Si evoco mi niñez	19

II. DEL TRÁNSITO EN TUS OJOS

I: Ojos tempranamente abiertos al dolor	23
II: Me he asomado al prelude de tus ojos	24
III: El mar se ha despertado	25
IV: Fue primero una luz mitificada	26

III. AL OTRO LADO DEL ESPEJO

I: Él se asomó despacio	31
II: Vienes de herir al aire	32

III: Sentir la piel en otra piel	33
IV: Tu calle huele a jazmines	34
V: Después de tantas idas	35
VI: Si pienso mucho en ti	36
VII: Si algún día	37
VIII: ¿Qué imagen voy a darte	38
IX: Se respira con el aire	39
X: Ven. Te espero impaciente	40
XI: Palabras que no decimos	42
XII: Todo lo que el mar nos dice	43
XIII: Era un niño que soñaba	44
XIV: Ya no tililan las estrellas	45
XV: El espejo se viene con nosotros	46
XVI: La casa está deshabitada	47
XVII: La vida pasa	48
XVIII: Los cines de mi infancia	49
XIX: El viajero no sabe qué le espera	50
XX: Los pinos longevos de Tasmania	51
XXI: Parece que una ola	52
XXII: De vuelta del viaje	53
XXIII: Por una claraboya	54
XXIV: Si escribo tu nombre en Facebook	55
XXV: El tiempo se evapora	56
XXVI: De repente, una lágrima	57
XXVII: Eran las cuatro menos veinte	58
XXVIII: La música te alumbra el camino	59
XXIX: Cuando el dolor te llegue	60
XXX: Por si volvieras	61



José Galindo (Puerto Serrano, Cádiz, 1959) presenta esta recopilación de poemas escritos entre 1989 y 2015 bajo el título "Son palabras").

El autor del poemario trabajó en empresas de artes gráficas hasta 1995. En 1996 comienza a trabajar como redactor en el Grupo Información y en 1999 pasa a Diario de Cádiz, donde realiza su

labor como corrector hasta 2001. En la actualidad está realizando el primer ciclo académico en el Aula Universitaria de Mayores de la Universidad de Cádiz (UCA).